

Entretanto que llega ese día, yo me ocupo de una obra que espero será meritoria á los ojos de Dios, y que desde luego me es sobremanera agradable.

Una joven á la que amó mi marido en París, y que hace pocos meses me inspiró en Baden muy serios recelos, ha determinado dejar el mundo y la peligrosa senda que seguía, para consagrarse á Dios bajo el velo de las hijas de San Vicente.

Esta joven es encantadora y está dotada de todas las gracias y talentos que hacen seductora á la mujer; pero ¡ay! la desdichada emprendió un mal camino, y al ver que le están vedados el de la paz del matrimonio y el de la familia, á los que no puede aspirar, ha elegido el del cielo.

Todo París conoce el nombre de Magdalena Guymont, como una de las más encantadoras loretas que deslumbraban con sus equipajes en el bosque de Bolonia, y cuyas cenas no tenían igual en cuanto á lujo y esplendidez. Pues bien, esta joven ocupa ahora en esta corte un modesto hospedaje; ha cedido toda su fortuna á los desvalidos, y yo estoy cosiendo para ella un pobre hábito de estameña.

Adiós, hermana mía, y recibe un abrazo de tu

EUFEMIA.

## XX

### El Conde á Pablo.

*Madrid, Noviembre de 186...*

¿No arrancarás al fin de tu alma ese amor fatal que bajo tan diversas formas acaricias?

¡Modesta, y siempre Modesta! ¡Este nombre no se separa de tus labios ni de tu corazón! Todas tus cartas se reducen á hablarme de ella; tú la adoras bajo todas las formas y de todas las maneras.

Acaso, mi pobre Pablo, no es la afición á trabajar la que te ha llevado á ser el tenedor de libros del fabricante, sino el ansia miserable de ver á su esposa; pero aunque te engañes á tí mismo, este deseo es laudable y no puede menos de dar buenos frutos.

Veamos: ¿quieres ser mi asociado para trabajar, y que yo, vendiendo los bienes que tengo extendidos por varias provincias, afiance en esa mi fortuna? Yo me iré ahí con mi mujer; nos harémos los dueños benéficos del país; edificarémos una granja modelo, y serémos la providencia de los desgraciados.

Ambos trabajaremos: la mejora de los vinos, de las legumbres, de las frutas y de los ganados, nos dará ocupaciones serias y honrosas; en Francia va conociendo la nobleza que la época exige



gastos más crecidos de lo que son las rentas. y se dedica á la agricultura y hasta á la industria para dejar á cada uno de sus hijos un capital regular que les ponga al abrigo de la necesidad.

Hagamos eso nosotros: seamos labradores y cosecheros, á la vez que propietarios: ocupémonos de civilizar y mejorar ese país pobre y esquilma-do por los impuestos y además por las vejaciones de sus diferentes señores: hagámoslo todo nuestro, y derramemos en él la paz, la abundancia y el bienestar.

Creo excusado esperar tu asentimiento á este propósito, y pienso desde mañana poner por obra los medios necesarios á su realización; es decir, voy á vender aquí y en todas partes donde tengo propiedades, para comprar ahí y edificar un modesto palacio que nos abrigue á Eufemia y á mí.

Estoy ya tan cansado de las grandes poblaciones, que ansío la tranquila soledad de los campos, como el que ha caminado en el desierto anhela el oasis de palmas y de flores: el ruido de esta gran villa aturde mi cabeza; su continua mentira altera mis nervios; ya no me divierten sus espectáculos, sus paseos, su eterno bullicio de gentes; todo me cansa y me agobia, y me parece que aun no he llenado mi misión de hombre y de ciudadano.

A tu hermana y mi mujer le parece esta medida el colmo de la felicidad; aquel vértigo de festines y de gastos se le pasó al instante; su naturaleza, recta y buena, ha recobrado su imperio, y se

apega á todo lo que es laborioso, sencillo y honrado.

Además, ella será feliz en pasar con su abuela los últimos años que ésta viva; es un amor que supera á todos sus demás amores, el que tiene á esa anciana madre, que la ha criado, que la ha educado y que jamás ha dejado de velar por ella.

Tu pobre esposa Cintia se hallará también más feliz al lado de Eufemia; y, sobre todo, tú olvidarás ese amor que tan hondas raíces va echando en tu corazón, con los goces de la familia y con una ocupación digna de tus facultades.

Dejemos el mundo por los campos, los dorados artonados por el cielo: dejemos las galas por los sencillos vestidos, las joyas por las flores, los mentidos encantos del mundo por los de la naturaleza; esa es la amiga mejor, y la que no engaña jamás.

Es cosa singular que este pensamiento de soledad, este deseo de trabajo útil y benéfico llenen ahora mi alma de tan dulce y tan completa paz como nunca la había conocido: en las más arriesgadas empresas, en todos mis proyectos de galanteos y de fiestas, hallaba siempre en mí el eterno vacío del corazón; y es que cuanto pensaba hacer eran cosas muy pequeñas, disfrazadas con grandes y altisonantes palabras: lo que ahora pienso no tiene más que un nombre: *trabajar*; y una sola acepción: *hacer bien*.

Lo que ignoro es lo que harémos de tu tía, la



buena Baronesa; ayer, almorzando, la pregunté, para conocer sus intenciones:

—Tía, si nos fuéramos al campo, ¿nos seguiría usted?

—Tú no puedes irte al campo, contestó.

—¿Por qué?

—Porque te aburrirías de fastidio.

—Pero supongamos que yo quisiese probar: ¿vendría usted con nosotros?

—No, me respondió resueltamente.

—¿Por qué?

—El campo no es para mí: Madrid es mi centro, y fuera de Madrid moriría, á no ser que me fuese á vivir á París, donde sería aún más dichosa.

—Pues nosotros es probable que nos vayamos, le dije con gran asombro de mi mujer, que aun no sabe nada de mis proyectos.

—Entonces, me quedará.

—¿Se quedará usted?

—Sí.

—Pero ¿dónde?

—Ya veremos: lo que te aseguro es que al campo no iré.

—Pero V. no es rica para vivir por sí sola.

—Desgraciadamente es verdad.

—¿Y qué haría usted?

—Entraría de señora de compañía en casa de alguna de mis amigas.

—¿Cómo! ¡Aceptaría V. esa especie de servidumbre!

—Todo, menos ir al campo.

—¿Ni por una temporada?

—Ni por un día.

La buena señora tiene razón: ¿qué haría ella en el campo? Su campo son los salones, donde puede distribuir palabras dulces como la miel; risas gratas que dejan ver su magnífica dentadura postiza, miradas expresivas y llenas aún de coquetería.

La Baronesa está dotada de un carácter bueno y fácil, poco dispuesto á la contemplación, pero muy propio para todo lo agradable; en el campo se aburriría, porque es frívola; la apacible vida que algunas naturalezas privilegiadas desean, no agrada á otras más superficiales y que están dispuestas á las diversiones y á los placeres.

Te voy á dar una noticia que te sorprenderá mucho. Magdalena, nuestra bella amiga, se ha hecho Hermana de la Caridad y la mejor amiga de mi mujer, que se ha encargado de todas las diligencias necesarias al efecto; esta decisión, llevada á cabo con tanto valor por esa noble criatura, ha contribuido á abrir mis ojos á las ideas más graves y más saludables; ella me amaba, no puedo dudarle, y se ha sacrificado en las aras del honor y de la virtud.

GERMÁN.



## XXI

Pablo al Conde.

*Castillo de Valflores, Noviembre de 186...*

Ya he empezado á comprar estos valles, estos fértiles campos, estos terrenos feraces, que desbastándolos, se convertirán en otros tantos verjeles.

Esta es la respuesta que doy á tu proposición; para las fiestas de Navidad os esperamos Cintia y yo, y daremos el espectáculo, nuevo al mundo, de un Conde y un Marqués convertidos en agricultores y en bienhechores de su país.

He escrito también á los párrocos de los pueblos vecinos, á fin de que ajusten en mi nombre y me envíen á todos los trabajadores de familias honradas y honrados ellos mismos que conozcan, para ocuparlos en la edificación de la granja modelo que tú proyectas, y en la que yo había soñado también.

Esta granja ha de ser inmensa, casi como un pueblo, y en su dirección, cuidado y labores daremos ocupación y pan á muchas personas dignas que hoy yacen en la miseria.

Al venerable cura de Valflores daremos también de nuestro bolsillo particular un sueldo decente que le permita vivir con alguna más como-

didad que la que le proporcionan sus mezquinos honorarios.

Mi abuela y Cintia quieren que fundemos asimismo un hospital, á lo que ni tú ni yo nos opondrémos, y los pobres de Valflores no tendrán ya que temer el abandono en sus enfermedades.

Creo que serémos así más grandes que cuando teníamos fama de Tenorios, y que nuestras almas alcanzarán una tranquilidad envidiable practicando el bien: por lo pronto, ya podemos, desde la semana que viene, dar pan á muchas familias menesterosas, ocupando á infinitos jornaleros en la granja, en los desmontes y en el hospital: mi abuela colocará en él la primera piedra.

Puedes figurarte que, desde que ando ocupado en estos quehaceres, he dejado mi teneduría de libros, y Felipe ha hallado ya quien me reemplace.

¡Qué feliz me contemplo ahora! Los restos de tu fortuna y de la mía nos constituían casi en pobres vergonzantes en una gran capital: con esos restos podremos llevar á cabo empresas nobles y bellas en medio de estos campos.

Cintia parece otra mujer: se ha vuelto activa, entusiasta, casi vivaz: se ocupa incesantemente de costuras que reparte entre los pobres; estudia y aprende en el piano un bello himno á la Virgen, que quiere cantar en la iglesia del pueblo el día que se ponga la primera piedra del hospital.

Parece que me ha perdido ya aquel terror



exagerado que, sin quererlo y sin saberlo, le inspiraba: hace dos ó tres días estaba yo en mi cuarto escribiendo, y entró ella; apoyándose en el respaldo de mi sillón é inclinándose hácia mí, me dijo:

—Respóndeme á lo que te voy á preguntar, con toda franqueza.

—Enhorabuena; habla, le respondí sonriendo.

—¿Cómo te gustaría que fuera yo?

Tomé un libro, y al azar escogí estos versos franceses, que le leí en castellano, y dejando á un lado la rima:

«Quiero una mujer indulgente  
Cuyo humor dulce y compasivo  
Sea fácil de plegarse á mis defectos,  
Y sepa reconciliarse conmigo:  
Que me corrija sin tomar un tono cáustico,  
Que me gobierne sin tiranía,  
Y que penetre en mi corazón poco á poco  
Como una dulce luz en los ojos delicados.»

—¿Es esta lectura tu respuesta? me preguntó Cintia sonriendo á su vez.

—Sí, le respondí: lo que dice ese autor es lo que yo deseo, y tú lo eres ya.

—No, repuso mi mujer meciendo su rubia cabecita: no hay tal cosa: no lo soy, pero lo seré: para ello, sólo necesito un poco de valor: ayúdame tú, y cuando haga algo bueno, dímelo.

Cintia me besó en la frente y me dejó.

Esta dulce humildad de niña va penetrando

poco á poco en mi corazón, como la luz suave de que hablan los versos citados: Cintia va dejando de ser una mujer vulgar, educada con el ejemplo de mi abuela, que ya tan anciana, es aún la poesía de mi casa.

¿Por qué he de exigir yo tampoco que mi pobre esposa sea un sér superior, un ángel, una creación ideal? Desde que medito, veo las cosas con una mirada más justa y más equitativa: creo que debemos buscar en la mujer propia dulzura, castidad, sobriedad, actividad, paciencia, inteligencia regular y buen carácter; y creo que á no ser una tierra muy estéril, la mano de un esposo puede sembrar todo esto y recoger rica cosecha.

Envanezcámonos, pues, Germán, de nuestra superioridad, porque ella nos puede servir para educar á nuestras compañeras y para tener un hogar doméstico, el cual, si es esencialmente cuidado y embellecido por la mujer, es al hombre á quien corresponde establecer su base.

No hay hogar sostenido sólo por la esposa, que antes muere mártir que llega á ver el fruto de su penosa tarea.

Emprendamos la buena vía, Germán, y nosotros no caeremos: alegrémonos en el seno de la familia y de la virtud; la alegría del corazón es la vida del hombre y lo que hace más larga su existencia.

¡Qué felicidad tan pura y tan deliciosa hemos desdeñado! La inocente y sencilla Modesta me ilu-



minó acerca de la aridez de mi vida, el día que me definió el deber y me dijo que la sola verdad era Dios. ¡Cuánto debo á esa celestial criatura! ¡Cuánto le debe Cintia! Ambos la amamos ahora con un cariño enteramente fraternal, y su casta virtud ha purificado todas las sombras que había en derredor nuestro, como la luz del sol barre los celajes del cielo.

Tanto estimamos ahora á Modesta como á su marido: este noble joven tan digno, tan honrado, es muy superior á nosotros, locos desenfrenados, que hemos arrojado en el polvo del camino los más ricos tesoros del alma. Él me abrió los horizontes del trabajo, y á su lado aprendí la perseverancia en la ocupación, esa virtud humilde, pero fecunda en buenos resultados, como todas las virtudes.

Venid, pues, á habitar también este antiguo y majestuoso castillo. ¡Qué digna corona para la noble vida de mi abuela va á ser su dichosa vejez! Sin cesar da gracias á Dios, á ese Dios á quien ha servido y amado siempre con tanta fidelidad como ternura, y que ahora nos reúne en derredor suyo para acompañar los últimos años de su vida ejemplar.

El árbol de Navidad se va á colocar en el gran salón del castillo; venid Eufemia y tú á sentaros á su sagrada sombra.

PABLO.

## XXII

### La Marquesa á Eufemia.

*Castillo de Valflores, Diciembre de 186...*

Ya puedo llamarme la más dichosa de las mujeres y de las madres, porque dentro de pocos días tendré alrededor mío á los restos queridos de mi familia.

¡La familia! ¡Santa y dulce palabra! El que no ama á su familia, dice el gran Apóstol San Pablo, ha renegado de la fe y es peor que un infiel.

¡Qué bella recompensa me guardaba Dios por todo lo que he sufrido! ¡Bendito sea! ¡Mi muerte será tranquila, pues veré á todos mis hijos junto á mi lecho!

Ya estos campos florecientes anuncian vuestra venida: ya las familias vienen al valle en busca del trabajo que se les ofrece en el desmonte, en la roturación y en el cultivo; tu marido y tu hermano, hija mía, se han constituido en dueños exclusivos y en providencia del país.

¡Qué bella colonia va á formarse en esta tierra que ha mecido mi cuna y las de todos vuestros mayores! Aquí me vine á vivir sola con mis recuerdos, y aquí venís á buscarme vosotros todos, hijos míos, y á acompañar los últimos días de mi vida.



La vida íntima va á empezar para nosotros con todos los elementos de la felicidad más pura. Pablo constituirá el talento; Germán, la fuerza de voluntad; Cintia, la bondad; tú, la poesía y la belleza; yo, la devoción; Modesta y Felipe, el trabajo y la actividad; el señor cura, la dulzura y la fe; no, no habrá nubes en nuestro horizonte.

Los hombres trabajarán, proyectarán, mejorarán los frutos, las lanas y los ganados; nosotros cuidaremos de los pobres del hospital, y volveremos á abrir la escuela, que Modesta dirigirá; por la noche nos reuniremos en este salón que estoy decorando á la inglesa, es decir, con perfecto *comfort* y comodidad, y pasaremos deliciosas veladas haciendo labor, leyendo y oyéndoos á vosotras cantar, acompañadas de Modesta.

No seremos por ahora muy ricos, pues los trabajos exigen grandes desembolsos; pero ¿qué importa? la verdadera medida de la riqueza es la de no estar ni demasiado cerca ni demasiado lejos de la escasez, y pocas riquezas, manejadas con economía, valen más que grandes tesoros mal empleados.

Aquí, cerca de mí, yo os enseñaré la ciencia de la economía á Cintia y á tí, porque la economía es virtud en la pobreza y cordura en la mediana, aunque sea vicio en la opulencia.

Os enseñaré á observar para todo el orden más perfecto, porque el orden alivia la memoria, economiza el tiempo y conserva las cosas.

Todas las habitaciones están ya preparadas; tú y Germán habitaréis el ala del jardín, que consiste en un saloncito con su antecámara, dos cuartos de dormir, dos de tocador, un despacho para el Conde y un cuarto de labor para tí.

Pablo y Cintia seguirán en la que hoy tienen, que mira al valle, y que consta, poco más ó menos, de las mismas piezas.

Se han renovado las tapicerías, se han estucado de nuevo las paredes: cada uno de vosotros hallará en su estancia los objetos que sean más de su gusto.

Y bien, hija mía, ¿participas tú de la felicidad de tu anciana madre? Segura estoy de que sí y de que á mi lado acabaré de educaros, como á niñas que sois, y acaso podréis ser un día el modelo de nuestro sexo.

Para cerrar la colección de consejos que por escrito te he enviado con mejor voluntad que suficiencia, voy aún á poner algunos al final de esta carta, última que por ahora he de escribirte.

Arroja de tí, como á un enemigo implacable, al seco y estéril egoísmo, prefiriendo el placer y el bienestar ajeno al tuyo propio: aquel sentimiento es, no lo dudes, el más ingrato de todos: el que no busca más que la propia satisfacción, se agita sin descanso y sin fruto, y siempre desagradando á los demás, no llega nunca á contentarse á sí mismo: el egoísmo, es decir, el amor propio, si pudiera ser bien entendido, debiera tras-



formarse para satisfacerse; dedicándose á los demás podrá hallar la calma que persigue en vano cuando se obstina en recorrer la vía que conduce á un fin únicamente personal; el amor propio es un abismo que no se puede llenar, y en el cual se arrojan inútilmente los sentimientos de abnegación, los deberes, y la sola alegría verdadera, que es el sacrificio; se multiplican los esfuerzos, y se imponen á los demás las cargas que nosotros no queremos soportar; llegamos á ser exigentes, inicuos; mas la moral queda vengada, porque el egoísmo, cada vez más insaciable, se aumenta con todo lo que quita á los extraños, y los límites que extiende sirven sólo para dar una intensidad más insoportable á sus deseos y á sus exigencias.

Sé amable, si quieres ser amada, hija mía, y desconfía siempre de las palabras altisonantes que se aplican á las cosas pequeñas, porque son una máscara: antes de dejarte seducir por su sentido, examina su origen y su fin, y consiente sólo en concederle el beneficio de tu admiración, si ese fin es irreprochable.

En nuestros días, muchos sentimientos mezquinos y muchas malas pasiones se abrigan bajo nombres poéticos; la organización femenina, y sobre todo la tuya, es tan rica, tan variada y tan múltiple, que contiene á la vez todas las debilidades y todas las fuerzas, todas las pequeñeces y todas las grandezas; posee una elevación nativa que, poniéndola al abrigo del mal, la expone á grandes

errores, porque sabe evocar grandes imágenes que cubren con su sombra tendencias culpables: las mujeres confundimos fácilmente la expresión con la acción, y buscamos muchas veces en la primera la grandeza y la poesía que sólo pueden hallarse en la segunda: toda alma verdaderamente elevada, es decir, dotada de sentido poético, sabe encontrar la poesía lo mismo en la hierbecilla que en la gigantesca encina; la poesía vive ó no en nosotros, y en el primer caso, la reconoceremos y sabremos repartirla en los más humildes deberes de nuestra existencia, cumpliéndolos en nombre de un sentimiento generoso; pero cuando huye la poesía de la acción para refugiarse en las palabras, no es otra cosa que una máscara que sirve para ocultar cosas que son no solamente muy positivas, sino realmente culpables; la poesía entonces enerva el corazón, sustituyendo las quimeras más pueriles á las realidades sanas y fortificantes, en medio de las cuales debemos buscar el valor y la satisfacción; en una palabra, así comprendida, la poesía degrada, en vez de elevar, desde el momento en que se quiere hallar en ella una excusa á los sentimientos egoístas.

Te digo todo esto para precaverte de la dureza de carácter, apoyada siempre en el egoísmo y en la impaciencia de que los demás nos incomoden.

Te lo repito, sólo la persona amable es amada, y la complacencia es un capital que se pone en circulación y que nos da muy pingües rentas.



La verdadera grandeza estriba sólo en la moderación, la justicia y la modestia, y yo confío, mi querida hija, en que, antes de mucho, ofrecerás el modelo de todas las virtudes.

ANA.

7e  
61c

FIN DE LA VIDA ÍNTIMA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
APOB. 1625 MONTERREY

## EN LA CULPA VA EL CASTIGO

NOVELA ORIGINAL

DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
APOB. 1625 MONTERREY, MEXICO